

# Hernán Rodríguez Castelo, el hombre y su obra

97

## Tiempo

**¿** Qué ocurre con el tiempo en seres humanos como Hernán Rodríguez Castelo: dramaturgo, historiador, biógrafo, lingüista, escritor de literatura infantil, crítico literario y de arte, gestor de revistas, periodista, autor de más de cien libros...? ¿Retirarse...? ¿Ensan- charse...? ¿Retra- sarse...? O, ¿quién o qué lo exoneró del tiempo, para posibilitarle tantas realizaciones emergidas de su inteligencia y de su energía asombrosas? Tiempo humillado por una férrea voluntad creadora.

Tiempo sumiso por las demandas inacabables de una de las más lúcidas inteligencias que ha dado nuestra patria. Repliegue o expansión de esa sustancia escurridiza que sabemos qué es en nuestros laberintos interiores, pero que no podemos explicar qué es cuando alguien nos pregunta sobre este, según la manida disquisición de San Agustín. Filosofía del tiempo. No es mi propósito elucidar respecto de asunto tan complejo, pero me he sentido conminado a iniciar estas páginas con algo muy breve y leve sobre el mismo, porque la preclara figura de Rodríguez Cas-



Doble sentido



telo conmina a ese ejercicio. ¿De dónde emergieron tantos proyectos y realizaciones intelectuales, tantos ensayos teóricos, tantas empresas humanas concretadas o no —¡qué importa!— por este ecuatoriano lúcido, íntegro, incorruptible, generoso?

A sotto voce, como penosamente actuamos en nuestro medio (pato, convencional, retardatario), se habla del “orgullo” de Rodríguez Castelo, yo hablo de su dignidad y de su anchura de espíritu. Su Nuevo diccionario crítico de artistas plásticos del Ecuador del siglo XX constituye un verdadero monu-

mento erigido por su talento creador y su arduo, ejemplar, trabajo investigativo. Son 679 artistas plásticos estudiados. Estos pertenecen a todas las provincias de la patria; algunos residen en el extranjero; otros fallecidos; a los de más allá no se los encuentra, viven literalmente ocultos... ¿Qué prodigios obró Hernán para examinar su obra y sacarlos del anonimato? Y aquí me detengo en una breve digresión indispensable. Cuando el Círculo de Lectores publicó en dos volúmenes su *Lírica ecuatoriana contemporánea*, se la criticó acentando que aparecían decenas de personas que nada tenían de poe-

⇐⇐

**Doble sentido**

tas, sí de poetastros —peyorativo de poetas en las viejas retóricas— o, dicho por los popes de aquel tiempo que estaban atentos a las novedades, que en esa obra había excesos de paraliteratura.

Pero es que allí, precisamente, se devela la magnanimidad de Rodríguez Castelo y aparece nítida su faceta de gran suscitador de nuestra cultura que ha sido escamoteada y casi nunca reconocida. En nuestro país, dos estereotipos —entre otros de menor incidencia— han mantenido incólume nuestra asincronía histórica: mezquindad y sentimiento de minusvalía. Complejo de inferioridad —que científicamente es el único que existe, por lo que los soberbios no son sino especímenes que protegen con ese escudo la compasión que sienten por ellos mismos—. Y en lo que se refiere a los numerosos poetas estudiados por Rodríguez Castelo en la obra citada —igual ocurre en todos los otros géneros—, cuánto bien hizo, pues, gracias a su incentivo, varios de ellos se han superado día a día hasta convertirse, en efecto, en poetas. Pensadores, ensayistas, historiadores, narradores, artistas plásti-

cos de todos los tiempos están en deuda impagable con Hernán Rodríguez Castelo. Su monumental Historia general y crítica de la literatura ecuatoriana, contenida en millares de páginas constará entre lo más encumbrado de nuestra cultura. Capítulos inéditos o subvalorados de nuestra nación, todas buidas de inteligencia y belleza, se erigirán como soporte único de nuestra historia. Obras como las de Hernán son aportes excepcionales para que cuajemos en nación.

### **El aire y los recuerdos**

Conocí a Hernán en el colegio San Gabriel. Nunca fui alumno destacado, pero creo que es hora de dejar testimonio escrito de cómo atendía sus clases magistrales (no nos diferencian sino pocos años en lo que a edades concierne, pero ya Hernán estaba precedido de justa fama), cuánto hicieron sus palabras para mi conversión de pésimo estudiante a lector de oficio y a preocuparme de las otras asignaturas. Sucede que ese gran sacerdote Marco Vinicio Rueda había visitado el Pensionado Borja Número 1, recabando una lista de



**Doble sentido**

sus alumnos destacados. En ella constaba yo. El deseo del padre Rueda era que yo fuera al Colegio Loyola, pero mi abrumadora timidez lo impidió. Él posibilitó mi ingreso al San Gabriel y, a los tumbos, pasé algunos años. No sé qué ocurrió en mí. Brillante estudiante de primaria a último de secundaria. Pero me daba modos para concurrir a los clubes organizados por Hernán. Esta es la historia. Hernán viajó a Europa y yo fui expulsado de colegio tan significativo. Maestros de esos años me marcaron para siempre: Jorge Salvador Lara, Francisco Salazar Alvarado, Jorge Chacón, Aurelio Espinosa Pólit, Ernesto Proaño, José Rivas... en fin, maestros que hubieran honrado cualquier institución educativa de América o Europa.

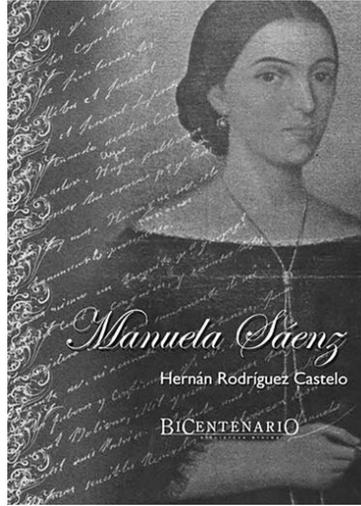
Transcurrieron años y el reencuentro con Hernán fue entrañable. Él escribía para diario El Tiempo y cubría, a más del espacio cultural. Fue el tiempo en que asumió una de las más colosales empresas culturales. Cien tomos de la Colección Biblioteca de Autores Ecuatorianos de Clásicos Ariel, todos prologados por él. (El volumen 41

reunió el nuevo relato ecuatoriano y a su pedido comenté sobre un cuento suyo). En este inverosímil proyecto, fungió de lector, antólogo, corrector, prologuista y hasta coordinador de diagramación. Todo bajo su égida. Y estamos hablando de tiempos en los que ni siquiera soñábamos en las tecnologías de ultravanguardia que nos rodean en nuestra hora. Está por demás esclarecer que Hernán no perseguía lucro alguno como ciertos seudopromotores de libros que proliferan en estos años, cuyo fin no es otro sino el de repletar sus faltriqueras y bailan al compás del gobernante de turno: si es de izquierdas mueven su zurda, si de derechas, la diestra, si de centro, no les importa las difíciles cabriolas que deben cumplir pero las consuman. No, Hernán se impone misiones imposibles en servicio de la patria, sin importarles recompensas honoríficas o pecuniarias. Y su vida ejemplar: austera y moderada, sencilla y rigurosa. Todos los días va a nadar en una piscina cercana a su casa, y el resto del tiempo, omitiendo sábados, domingos y días de guardar, se dedica a estudiar y escribir. No, no estoy hiperbolizando, lejos de mí

endilgar dulcías admirativas por doquier persiguiendo algún favor o exaltar porque sí, porque es una buena práctica para quedar bien con todos. Creo que los seres humanos tenemos deberes que cumplir y los deberes no se impetran, solo están para ser realizados. Por eso enaltezco vida y obra de uno de los grandes ecuatorianos del siglo XX, Hernán Rodríguez Castelo. Grande por su vida y por su obra. Por eso, justamente en este tiempo del desprecio que vivimos, seres humanos como Hernán honran no solo a la patria sino a la especie humana.

### La obra

Sabio es quien procura conocer la razón de ser y el principio de las cosas en general y del mismo ser en particular. Sea en el terreno de la historia, de la literatura o del arte en general, busca las causas profundas de esas formas de creación, porque la historia es invención cotidiana, creación perpetua; no es una ciencia, es un saber. Hernán Rodríguez Castelo es sabio, en el más hondo sentido de esta valoración. Innumerables ensayos suyos sobre gramática,



escritura, ortografía y sus excepcionales aportes en beneficio de nuestro idioma cubren con sobra de méritos su ámbito de lingüista. Y es en el ensayo —ese “centauro de los géneros” que lo llamara Ortega y Gasset— en el que mejor expresa su genio. Y la crítica que ejerce Hernán no exhibe piezas museísticas sino vivas.

### Manuela, una biografía actual

Las biografías de Hernán Rodríguez Castelo tienen el mismo signo de sus ensayos críticos: acercarnos a sus personajes como si los tuviéramos frente a nosotros

←→  
**Doble sentido**

o los conociéramos desde siempre. Su versión de Manuela Sáenz ha despertado erupciones en quienes la siguen sacralizando y utilizando desde la demagogia más crasa, pues esta biografía señala las falsedades de otras biografías sobre Manuela Sáenz con documentos que lo prueban. Celebro en ella su investigación profunda, su manera de leer, observar, reconocer documentos auténticos, comparar; su forma de humanizar al personaje señalando no solo sus logros sino también sus errores y sus faltas. Investigación exhaustiva de la historicidad, o, mejor aún, del escenario donde discurrió su tumultuosa existencia.

Los materiales que llegaron a manos del biógrafo, de manera especial, epístolas y relatos inéditos, develan un tratamiento probo y creativo, además, la narración no esquiva porciones indispensables de fina ironía que acicatea la lectura. Más que vuelos de la imaginación, severidad no exenta de frescura para interpretar aconteceres y actitudes de otras imágenes, especialmente la

de Simón Bolívar. Averiguación de las esencialidades de las figuras evocadas por el biógrafo. Rodríguez Castelo no se represa en la descripción epidérmica de hechos y personajes, adensa su palabra en las razones axiales de las decisiones de los personajes de esta biografía, no siempre acertadas, a veces fluctuantes entre carencias y desatinos, consistenciales de la condición humana. Expresividad fulgurante del lenguaje. Prosa tersa y limpia de todo lo que sea o pueda parecer adiposidades.

Como todo hombre grande, Hernán Rodríguez Castelo tiene admiradores y detractores. Dice su verdad y no le basta, sino que la fortalece sílaba a sílaba, mediante sondeos y exploraciones concluyentes. A Rodríguez Castelo, entonces, no hay que dimensionarlo en dicotomía, sino en plenitud, esto es, situando el valor de su obra y sus diligencias en beneficio de nuestra patria. Estas dos líneas magistrales refundidas justifican su presencia en lo mejor de la cultura ecuatoriana e hispanoamericana.

